

LUÍS ESTRAGUÉS CARRATALÀ



CASO FUGA
Asesinatos en el
Gran Metropolitano

narrativa



1

I

11:45 horas

Ana

—Lupa 8, aquí Central. Hagan un 26 hacia la estación de Jaime I del Metro. Línea 4. Vía 1 descendente. Se ha localizado un 60. La comitiva judicial ya está en el lugar, cambio —se escuchó de pronto por la emisora.

—Recibido, Central. Vamos hacia allí, corto —contestó el sargento.

La activación de nuestro binomio para acudir a un muerto nos rompió la faena rutinaria de aquella mañana.

Circulamos de prisa con el vehículo policial sin logotipo bajando por la calle Pelayo, pasando por la calle Fontanella, hasta girar a la derecha para encarar la Vía Layetana. Manteníamos conectadas las luces prioritarias, pero sin la señal acústica, porque aquel día festivo de la Constitución había poco tráfico en el centro de Barcelona.

—¿Cómo es que nos avisan con tan poco tiempo, Juan?

—Esto va así, Ana. Hay que amoldarse a cada caso. Para comenzar tus prácticas, no está mal un muerto, ¿no?

—Un inicio demasiado fuerte. No sé si sabré hacerlo bien.

—Claro que sí, mujer. Has pasado la misma formación especializada que todos nosotros.

—La misma formación sí; pero no los veinte años de experiencia que llevas tú.

—Eso se arregla con el tiempo. Además, nadie de los que estarán allí sabe que es tu primer día. Y nosotros tampoco se lo vamos a decir, ¿verdad?

A pesar de sus palabras tranquilizadoras, no las tenía todas conmigo. No sabía cómo actuar. Eso me creaba un estrés importante. Tenía miedo de no hacer bien mis funciones. Las tareas de policía científica en la escena de un crimen son muy importantes, tanto a nivel policial como judicialmente, y cualquier trabajo mal llevado tiene serias repercusiones.

Estacionamos el vehículo en una zona reservada para carga y descarga, próxima a la entrada de la estación.

Para acceder a la zona restringida, cruzamos por en medio de los pasajeros que se habían reunido allí a ver qué había pasado, y salvamos el cordón policial temporal que montaron un par de patrulleros. Yo seguía al sargento por donde pasaba, e imitaba todos sus movimientos.

Una vez en el andén, ya no quedaban vestigios del caso. Dos operarios del servicio judicial, acompañados del médico forense y del jefe de estación, se llevaban en una camilla portátil un cuerpo dentro de una bolsa azul cerrada, fuera de la vista del público.

Nos encontramos a medio pasillo con Mario Soto, cabo de la UCIO.

—No os he podido esperar. Ha llegado el doctor Castellá y me ha dicho que la jueza había dado el permiso para mover el cuerpo. Transportes tiene prisa por restablecer el servicio de Metro. El convoy del accidente ya ha continuado trayecto sin pasajeros.

—Me lo imagino, Mario, pero nosotros tenemos que estudiar bien la escena, porque después nos piden explicaciones cuando algo no funciona. ¿Sabes cómo ha ido el tema? —le preguntó el sargento.

Por su tono de voz, noté que a Juan le molestaba mucho tener que ir con prisas, porque no era una forma óptima de trabajar con buenas garantías procesales.

—Según un testigo, el precipitado se encontraba al borde del andén, cerca del túnel de entrada. Alguien lo ha empujado por detrás justo cuando el convoy entraba en la estación. El maquinista no ha podido frenar. Estaba conmocionado, pobre hombre. Ha muerto por atropellamiento, sin más misterio. No hay más signos de fuerza en el cadáver que los producidos por el impacto. Habríamos etiquetado el caso como un suicidio de no ser por los testimonios de los testigos. Ha sido un trabajo muy limpio por parte del autor. A la testigo también le parecía haber visto cómo el criminal lanzaba algo a la vía antes de escapar.

—Vale, Mario, ahora examinaré el lugar. ¿Tenemos la descripción del homicida?

—Muy por encima, Juan. Edad indeterminada. Mediana altura. Pantalones tejanos azules. Bambas. Sudadera gris claro con capucha. La llevaba puesta, razón por la que la testigo no se ha fijado en la cara.

—¿Nadie ha reaccionado para intentar cogerlo?

—No. No se lo esperaban. Se han quedado helados ante el hecho. El autor ha huido rápido.

—¿Datos de la víctima?

—Serafín Vidal. 43 años. Casado, con dos hijos. Abogado. Tenemos su documentación. Está plenamente identificado.

—¿Se han llevado ya definitivamente el cuerpo?

—No. Están todos en un vestuario del personal, aquí en la estación, examinando el cuerpo. Solo lo han retirado de la vía, para poder restablecer la circulación de trenes.

Por cómo hablaba Juan, tuve la sensación de que aquel levantamiento de cadáver era uno de los más sencillos que nos podíamos encontrar. Asimismo, por decisiones ajenas a nosotros, llegamos tarde y tuvimos que hacer todo nuestro trabajo de prisa, bajo presión.

Me esforcé para hacerlo bien. No quería que se notara mi inexperiencia. Mientras ellos hablaban, yo había ido a lo mío. Ya solo me quedaban un par de capturas fotográficas de la zona del atropello para acabar el reportaje fotográfico.

No lo habíamos hablado, pero supuse que como ese día yo sustituía a Laura García, su compañera habitual, y ella era especialista en fotografía, me tocaba a mí hacer esa función.

Juan me dejó libertad para hacer el trabajo como yo mejor creyera, hasta que me envió con el cabo de la UCIO a realizar la necro reseña fotográfica al finado.

Por suerte, en el curso de especialización en Científica me habían explicado cómo hacer bien una tarea de este tipo.

Mi trabajo no les defraudaría lo más mínimo; o por lo menos, eso esperaba.

II

12:05 horas

Laura

Aquella jornada, Juan Andrade, mi binomio habitual, había salido de servicio con Ana Pardo, una agente recién llegada que comenzaba su

período de prácticas en la especialidad de Científica. Era su mentor como mando durante esta etapa.

Así que yo fui con Carlos Peralta, un compañero del Laboratorio Iofoscópico. Teníamos un listado de inspecciones oculares pendientes de realizar durante todo el día.

Una de las más relevantes fue un incendio en un despacho profesional, por la premura con la que tuvimos que acudir, activados por la Sala Central de Coordinación policial.

El bufete de abogados se llamaba *Vidal & Asociados* y estaba situado en la céntrica calle de la Vía Layetana barcelonesa, en un edificio antiguo de corte señorial.

Había presencia de bomberos cuando llegamos, y tuvimos que esperar unos veinte minutos a que estos acabaran.

—Podéis pasar tranquilamente. No hay peligro. Ha habido muy poco fuego. Lo hemos apagado enseguida —me dijo el jefe de servicio.

Carlos y yo accedimos al interior con las maletas de inspección ocular, ya ataviados con las prendas de protección personal.

La recepción del bufete estaba construida a base de maderas nobles en las paredes, con un mostrador circular delante. De ella partían diversos pasillos, que hacían de repartidores de diferentes dependencias: despachos de abogados, salas de reuniones, administración, biblioteca y sala de fotocopias.

Nos acompañó en nuestro recorrido uno de los empleados, mando intermedio del negocio, para explicarnos su distribución y decirnos qué veía fuera de lugar.

—¿Cuándo ha pasado esto? —le pregunté, mientras realizábamos una ronda de inspección general por todo el local.

—Pues calculo que hará una hora, más o menos. Me han avisado por teléfono desde la central de alarmas. Cuando he llegado

ya estaban la Policía y los bomberos. Supongo que también habrán avisado a Serafín, pero veo que no ha venido.

—¿Quién es Serafín?

—Serafín Vidal, el propietario. Es raro. Le he llamado tres o cuatro veces, pero su móvil está apagado o fuera de cobertura. Este es su despacho. Es el más desordenado.

—No podemos ponernos a buscar huellas en todos estos objetos. Necesitamos acotar, señor. Díganos qué ve cambiado de sitio respecto de su estado original.

—Es difícil, porque yo no sé cómo tiene él las cosas; pero seguro que todos esos papeles que están en el suelo estaban en carpetas encima de aquel mueble bajero. También le falta el ordenador portátil.

Empezó a mirar los tres cajones que había debajo de su mesa de escritorio, en el lado derecho.

—De aquí ha desaparecido una pequeña caja metálica de caudales con billetes y monedas. Era el dinero del fondo de maniobra para imprevistos de la empresa. Ah, y aquí estaba la chequera bancaria. Veo que también se la han llevado.

—Si quieres, Laura, yo me quedo aquí procesando este despacho, mientras tú inspeccionas el resto de dependencias. Así vamos avanzando. Esto es muy grande y, si no nos repartimos funciones, aquí se nos hace de noche.

—Bien pensado, Carlos.

Yo continué con el empleado en la ronda de inspección ocular. Recorrimos un largo pasillo, con puertas a ambos lados de este, hasta que llegamos a la habitación del fondo. Ya encima de la puerta de acceso se podían ver las manchas negruzcas de hollín producidas por el humo del fuego.

III

12:10 horas

Juan

Mientras Ana se iba con Mario a fotografiar el cadáver, yo bajé a la vía para trabajar la escena. Tenía mis cinco sentidos puestos en aquella operación. Podría ser que Transportes hubiera activado de nuevo la circulación de trenes.

Hice un barrido del suelo, paredes y techo con el haz de luz de la linterna policial. Iba muy poco a poco. Observaba donde pisaba a cada paso, para no destruir ningún indicio, a pesar de que por allí ya habían pasado los funcionarios judiciales y el médico forense sin ningún tipo de miramiento.

Aprecié diversas manchas de sangre en los raíles. Había piedras de balasto amontonadas en la zona más exterior de la vía debido al arrastre del cuerpo. Vi algún trocito de carne de la víctima por allí.

Un fuerte olor a quemado de tipo eléctrico de los frenos del convoy, que provenía del interior del túnel y avanzaba hacia el andén, evidenciaba el esfuerzo del maquinista por intentar evitar el atropello.

Me llamó la atención un objeto tirado en el suelo, situado al lado del raíl más próximo al andén. Era un sobre rectangular de color marrón, de 10 x 15 centímetros. Lo cogí y lo abrí.

Contenía un ticket de transporte que no conocía. Probablemente, era antiguo; un billete sencillo de un solo viaje. Estaba dispuesto en sentido vertical en la zona central del sobre, y preparado para verse a simple vista en cuanto este se abriera.

Supuse que era el objeto que la testigo había visto lanzar a la vía cuando ocurrió el crimen. No podía equivocarme. No había nada más fuera de lo común.

Volví a dejar el sobre en su lugar inicial encima de las piedras de balasto, para fotografiar su recogida. Como Ana no estaba, utilicé la cámara de mi móvil.

Capturé imágenes del ticket y del sobre. Seguidamente, comprobé que hubieran salido bien. Un poco oscuras por falta de luz, pero se veían perfectamente.

Cuando iba a introducir el billete de nuevo dentro del sobre, vi que este contenía otro pequeño trozo de papel que llevaba una inscripción manuscrita en letras minúsculas.

Ponía:

«Empieza el reto, Juan».

Me quedé parado, sin saber qué hacer.

No me lo podía creer.

Si aquello era un caso de asesinato, ¿iba en serio que el autor se estaba dirigiendo a mí?

¿Cómo podía ser que hubiese previsto que iría yo al levantamiento de cadáver, y no otro agente de Científica?

¿Qué motivo podía tener aquel asesino para contactarme?

¿Acaso me conocía?

¿Tenía alguna cosa en mi contra?

¿Por qué yo y no otro agente?